



EL PATRIMONIO HISTÓRICO-ARQUITECTÓNICO
EN EL PANORAMA CULTURAL DE COSTA RICA
Andrés Fernández

Publicado originalmente en Revista Herencia, vol. 23 (1), 7-19-2010.

“El costarricense vive sin pasado, no tiene memoria colectiva porque no tiene edificios conmemorativos y viceversa; más bien es un ser enajenado con una idea muy cuestionable de modernidad, que desprecia lo mejor de nuestro pasado e imita lo peor del presente ajeno. En este sentido, es urgente la difusión, valoración y protección de nuestra arquitectura patrimonial.”

Richard Woodbridge París
Historia de la arquitectura en Costa Rica

Introducción

Más allá de las edificaciones declaradas patrimonio histórico-arquitectónico, según la Ley 7555, en Costa Rica esa categoría alcanza también a otras manifestaciones constructivas cuya singularidad histórica y cultural las hace valiosas para nosotros como grupo humano particular. Este artículo va dirigido a brindar un breve panorama de esas edificaciones portadoras de memoria social y generadoras de identidad colectiva, como aporte a su preservación.

De modo general, se denomina Patrimonio Histórico al conjunto de bienes de carácter cultural, tanto materiales como inmateriales, acumulados a lo largo del tiempo por una sociedad. Estos bienes pueden ser de tipo artístico o histórico, paleontológico o arqueológico, documental o bibliográfico, científico o técnico, o bien combinar en sí dos o más de dichas variables.

En el presente artículo, sin embargo, nos referiremos exclusivamente al patrimonio material de carácter construido o inmueble, más comúnmente denominado en nuestro medio Patrimonio Histórico-Arquitectónico, y a su papel en el panorama de la historia cultural costarricense.

Para ello, haremos un breve repaso a los diversos tipos de arquitectura que pueden ser considerados de valor patrimonial en Costa Rica, y a los retos que

enfrenta hoy su conservación en el contexto de una economía y una cultura mundializada. Esto por cuanto parte de la desprotección que sufre el patrimonio histórico-arquitectónico en nuestro país una vez declarado es tal, que a pesar de estar incluidos en la respectiva ley (Nº 7555), no existen incentivos reales para llevar adelante dichas tareas de preservación; por lo que fácilmente esos bienes pierden el interés de sus propietarios cuando son privados, o no reciben la atención merecida cuando son públicos o institucionales. Y de ahí el grado de deterioro, cuando no su pérdida parcial o total, que caracteriza a muchas edificaciones aquí declaradas patrimonio histórico arquitectónico o arqueológico. Pero es que el costo de las operaciones de preservación de un bien patrimonial no deberían evaluarse sólo en función del valor cultural de dichas construcciones y su entorno, sino también de acuerdo con el valor derivado del uso que pueda hacerse de ellas por medio de nuevas funciones productivas. Estas a su vez, tendrán que adaptarse a las necesidades sociales y económicas de los habitantes del lugar, y no deben ir en detrimento de su identidad cultural ni del carácter específico del conjunto rural o urbano que las acoja.

Pero para ello, tras años de investigación y divulgación en este campo, sostenemos que primero es necesario que tanto los ciudadanos costarricenses como

quienes nos visitan, tengan como mínimo un conocimiento básico del valor de esas arquitecturas en el contexto histórico y cultural de Costa Rica, que es lo que precisamente pretende aportar este artículo.

Arquitectura Precolombina

Los grupos amerindios que habitaron la Costa Rica precolombina, desarrollaron una arquitectura basada en diferentes conceptos, pero todos ellos se atenían a la relación con el medio ambiente natural sostenida por cada grupo particular.

Así, puede tenerse como característica común a dicha arquitectura, el hecho de que su monumentalidad no sobrepasara nunca la escala de la naturaleza humana; mientras que la diferenciación arquitectónica y de diseño urbano testimonia las diferencias tanto tecnológicas, como en lo que a organización social, política, económica y religiosa se refiere entre los diferentes grupos y épocas que estos representan, mas siempre en consonancia con su hábitat y su cosmovisión.

Las evidencias arqueológicas demuestran el uso generalizado en esta arquitectura de dos materiales principales, a saber, la arcilla y la piedra en forma de cantos rodados o piedra de río; además de utilizar materiales orgánicos (madera, caña y fibras vegetales) tanto para paredes como para techos, todos los cuales permitieron a las diferentes sociedades integrarse

arquitectónicamente de modo orgánico con su medio ambiente natural.

Paradójicamente también y en virtud del clima tropical, fueron estos materiales los que no permitieron que llegaran hasta nosotros intactos o en importante grado de conservación, monumentos o sitios precolombinos enteros. Nos quedan sí, cientos de sitios arqueológicos esparcidos por todo el país, que van desde los restos de un palenque individual hasta cementerios completos, desde calzadas de circulación hasta complejos asentamientos urbanos, el más célebre y mejor conservado de los cuales es el de Guayabo, en Turrialba.

Arquitectura colonial de tradición española

Como en todo Hispanoamérica, después de la conquista española, durante el período colonial se impuso en Costa Rica la antigua arquitectura de tradición mediterránea del adobe. Pero como los indígenas conocían también la utilización arquitectónica del barro, esto generó desde el principio un mestizaje cultural en este ámbito; mismo que se tradujo en tres aspectos: los materiales de construcción utilizados, las técnicas aplicadas al proceso constructivo, y la organización del trabajo indispensable para llevar a cabo las obras.

El resultado de todo ese proceso que se inició en el siglo XVI en la entonces incipiente ciudad de Cartago,

Fig. 1. Palenque tipo precolombino, Talamanca.



Fig. 2. Monumento Nacional Guayabo, Turrialba.





Fig. 3. Casa de adobes rural.



Fig. 4. Ermita De Orosi, Cartago.

es nuestra vieja y sentimentalmente arraigada casa de adobes costarricense, predominante desde entonces y hasta principios del siglo XX en el Valle Central y en el Pacífico Norte de nuestro país. Construidas con pesados bloques de barro mezclado con estiércol y paja, techadas con tejas igualmente de barro y encaladas por dentro y por fuera a modo de pintura, las edificaciones de adobes marcaron cuatro siglos de nuestra historia arquitectónica.

Una variante de estas edificaciones construidas con barro son las de bahareque, una técnica mestiza también, pero más liviana que el adobe, pues su estructura era de madera y caña, y solo el relleno de la misma y su recubrimiento eran de barro. Como las de adobes, este tipo de valiosas construcciones antiguas casi han desaparecido de San José; no obstante se conservan algunas en las demás cabeceras de las provincias centrales y en Liberia, así como en viejos centros de población como Escazú, Barva y Santo Domingo de Heredia.

En lo que a la arquitectura religiosa se refiere, la escasa edificación representativa en Costa Rica es muestra de nuestra poca importancia económica colonial, que solamente nos dejó intacta la ermita franciscana de Orosi, en Cartago, y en ruinas el templo parroquial de Ujarrás, en esa provincia también. Más tardías, pero dentro de la misma tradición arquitectónica colonial, son la parroquia de San Blas de Nicoya, La Agonía de Liberia y la ermita de Quircot en Cartago.

Arquitectura neoclásica de influencia francesa

A mediados del siglo XIX, y tras el triunfo en Francia del llamado Segundo Imperio napoleónico, se extendió desde la Academia de Bellas Artes de París la influencia de la arquitectura neoclásica. Esta se articulaba con elementos tomados de la arquitectura clásica de Grecia y de Roma: frontones curvos y rectos, columnas de varios tipos, cornisas y balaustradas, arcos de medio punto, los muros almohadillados o imitando serlo, frisos figurativos y por lo general era decorada con pinturas murales y una o varias esculturas alegóricas de igual factura.

Fig. 5. Teatro Nacional, San José.





Fig. 6, Catedral Metropolitana San José.

Adoptada tras la Independencia en toda Hispanoamérica, en Costa Rica esa arquitectura tuvo dos épocas claramente diferenciadas: una que utilizaba las técnicas que le eran tradicionales -como la piedra labrada y la estructura metálica- e inicia hacia 1850 con la construcción del Palacio Nacional y culmina con la inauguración del Teatro Nacional a fines del siglo XIX; y otra construida en concreto armado y ladrillo confinado, que inicia con el siglo XX y finaliza en 1950.

En ambos períodos, se utilizó mucho también para darle carácter a la arquitectura religiosa, cuyos mejores ejemplos serían el Sagrario y la Catedral Metropolitana de San José. También, a diferentes escalas y respondiendo a diversos estratos socio-económicos, se usó el neoclásico para brindar elegancia a residencias y comercios en las ciudades del Valle Central, en cuyos centros y barrios históricos pueden apreciarse aún algunos ejemplos de ello.

La arquitectura ecléctica

El eclecticismo fue una modalidad plástica y arquitectónica dispuesta a utilizar en su práctica diferentes fuentes históricas, fueran neoclásicas, barrocas, modernistas u orientales, y a lograr con las mismas una síntesis formal. Manifiesta a fines del siglo XIX y principios del XX, con ella se trataba de crear y recrear lo necesario estéticamente hablando, sin importar la

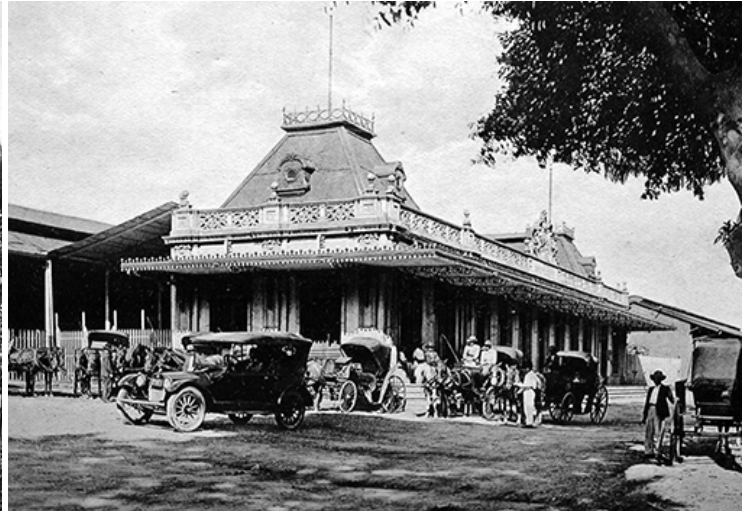


Fig. 7. Antigua Estación al Atlántico, San José.

procedencia de sus referencias plásticas, pero acogidas todas por la rigurosa base geométrica de la arquitectura neoclásica, de la que proviene siempre ya sea como variante o como reacción.

En la Costa Rica liberal de entonces, ese tipo de arquitectura tuvo una gran acogida tanto entre los profesionales nacionales como extranjeros que aquí ejercían, por lo que dejó muchas manifestaciones de todo tipo en nuestros centros urbanos, desde las residenciales y educativas, religiosas e institucionales, hasta las comerciales y recreativas. Así, de los edificios que sobreviven, son eclécticos el Teatro Variedades, el Edificio de Correos y la Estación al Atlántico en San José, el edificio de la Escuela Normal y el de Correos en Heredia, la iglesia de Palmares y el edificio de Correos en Limón, entre sus más claros ejemplos.



Fig. 8. Edificio de Gobernación y Correos de Heredia.



Fig. 9. Casa victoriana, San José.



Fig. 10. Casa victoriana caribeña, Siquirres.

La influencia inglesa y la norteamericana

Casi en simultánea con el eclecticismo, al culminarse el Ferrocarril al Atlántico en 1890, e impulsada por la Revolución Industrial que se extendía por el mundo, llegó aquí la arquitectura de influencia victoriana. Originada en el reinado de Victoria Alexandra de Inglaterra (1847-1901), se caracterizó por ser una arquitectura totalmente industrializada tanto en materiales (ladrillo, metal de forja, madera acerrada, clavos de acero, lámina de hierro galvanizado, chapa metálica y pintura de aceite) como en sus muy prácticos métodos de construcción, que en nuestro país terminarían por sustituir a los tradicionales oficios heredados del período colonial.

Al Valle Central de Costa Rica esa arquitectura llegó primero desde Inglaterra, por ubicarse originalmente en esa nación el mercado del café; mientras que a la región atlántica y en un segundo momento, llegó de los Estados Unidos, con los que se profundizó la relación comercial a partir de la exportación del banano. Pero si en el centro del país se manifestó como una arquitectura residencial de diversas escalas, en el Caribe su influencia fue casi total y abarcó además de viviendas, edificios públicos, comerciales e industriales, ligada sobre todo a la actividad bananera y ferrocarrilera; y en ambas regiones se adaptó en todo al clima particular.

La arquitectura neogótica

La arquitectura neogótica tuvo sus raíces en el influjo intelectual romántico que corrió por Inglaterra, Alemania y otros países nórdicos hacia 1840, como reacción a la influencia de lo neoclásico, considerado mediterráneo y francés sobre todo. Sin embargo, a nosotros nos llegó más bien como una moda estética y de la mano de la arquitectura industrial victoriana, por las mismas fechas de finales del siglo XIX.

Basada en la arquitectura gótica de las grandes catedrales medievales europeas, tuvo aquí gran acogida para la construcción de iglesias católicas en ciudades y pueblos, pues contaba además con la predilección de nuestro segundo obispo, Monseñor Thiel, que era alemán. Por eso fueron neogóticas las iglesias de La Merced en San José, San Rafael de Heredia, Las Mercedes de Grecia y, más tardía, también la de San Isidro de Coronado. Y aunque tuvo poca o ninguna aplicación en lo habitacional, el neogótico se utilizó también en nuestro país para los centros hospitalarios, penitenciarios y militares, como el antiguo Hospital San Juan de Dios, el antiguo Asilo Chapuí, la Penitenciaría Central, y los cuarteles de Cartago y Puntarenas.

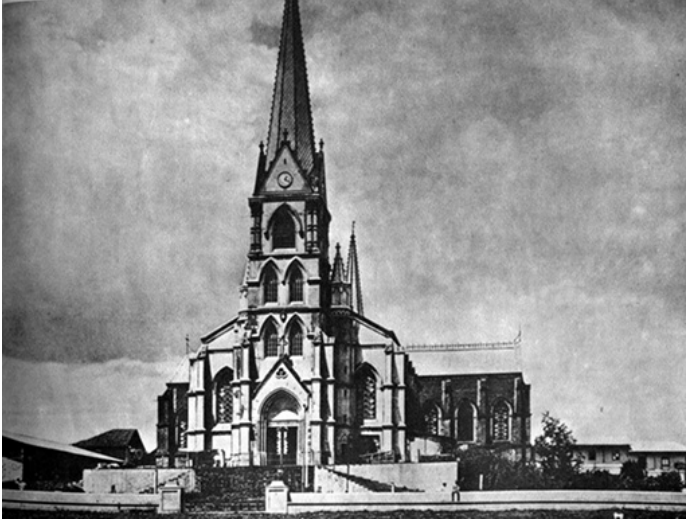


Fig. 11. Iglesia de La Merced, San José.



Fig. 12. Antigua Penitenciaría Central, San José.

El modernismo o art-nouveau

Alrededor de 1900 apareció en San José una nueva corriente arquitectónica que no gozó del favor oficial de la Iglesia y del Estado, y se limitó por ello al gusto privado. Era el art nouveau o modernismo, que surgió en Europa como reacción a las formas consideradas envejecidas del neoclásico, y en su libertad formal y romanticismo espiritual buscaba su inspiración más bien en la naturaleza, en lo orgánico, lo fluido y lo femenino. Rechazaba también la masiva producción industrial, y apelaba al trabajo de artesanos y de artistas, por lo que su carácter es propio de una época de transición en los métodos y técnicas constructivas, con énfasis en una decoración de gran valor estético, que fue lo que más trascendió en nuestro modesto medio.

En Costa Rica su aplicación pura fue realmente escasa y concentrada en la ciudad capital (la casa Jiménez de la Guardia, es su mejor exponente y también es el único en pie); no obstante, su influencia decorativa se extendió en los detalles de decenas de edificios y casas eclécticas de las principales ciudades del país, o en combinación, muchas veces, con el victoriano o decorando interiores y exteriores de sencillas casas criollas de bahareque, ladrillo o madera.

Fig. 13. Casa criolla con detalles modernistas.

Fig. 14. Casa Jiménez de la Guardia, San José.



El neocolonial hispanoamericano

La corriente conocida como neocolonial hispanoamericano tuvo distintas variables, entre ellas las llamadas neobarroco hispánico, colonial californiano, mission style y de restauración nacionalista. Apareció en la América hispana a principios del siglo XX, luego de la Revolución Mexicana, como parte de las corrientes de reivindicación socio-cultural de lo criollo y lo mestizo.

Formalmente, fue una arquitectura generosa en sus espacios, de espesor simulado en algunos de sus muros, de arcadas y paños curvilíneos, de encalados y estucados rústicos, de cubiertas, tapias y pórticos con tejas; con enchapes en piedra y cerámicas de varios colores, un notable uso artesanal de la madera y el metal en muy diversos elementos. Construido en los diferentes bahareques, pronto se ajustó al concreto armado, la mampostería confinada y los principios estructurales que ello implicaba.

Así, se utilizó tanto en grandes obras públicas (de la Casa Amarilla a la Asamblea Legislativa, muchas escuelas y palacios municipales) como en edificios comerciales y residenciales, sobre todo para las clases más pudientes y en barrios aristocráticos como Escalante en San José y San Francisco de Heredia. Y aunque no faltaron manifestaciones más humildes

de su pintoresca plástica en fachadas e interiores de viviendas más populares, no sobrevivió más allá de los años cincuenta del siglo XX, con iglesia de San Rafael de Escazú como mejor ejemplo.

La madera y sus arquitecturas

Como hemos visto, la madera como material de construcción ya era utilizada en nuestro territorio desde la época precolombina sobre todo en construcciones de tipo rancho pajizo, que sobrevivieron en el campo; e igualmente fue usada luego en la época colonial de los siglos XVI al XIX, como componente constructivo esencial de la arquitectura de adobes y bahareque. Pero durante la colonización interna del país impulsada por la extensión del cultivo del café, ya en la época republicana (segunda mitad del siglo XIX), este material volvió a ser ampliamente utilizado por nuestros colonos criollos en la llamada “casa de vigueta”.

De tradición española también, por vigueta se conoce la pieza de madera larga, gruesa y labrada a mano con hacha y azuela, que colocadas unas sobre otras y ensambladas en los extremos mediante cortes, permitían levantar paredes con gran facilidad; por lo que fue la casa típica de ese campesino que buscó las zonas altas y boscosas del centro del país para abrir sus abras o sembradíos de subsistencia. El techo de

Fig. 15. Casa neocolonial en La Soledad, San José.



Fig. 16. Iglesia de San Rafael de Escazú.





Fig. 17. Rancho pajizo campesino.

las mismas era igualmente en madera o tejamanil, tabla delgada y cortada en listones para ser colocada a modo de pequeñas tejas.

Sin embargo, con la llegada de la arquitectura victoriana y de las técnicas que le eran propias, la madera se vio sometida al proceso de industrialización que hizo más versátil su uso, empezando por ser aserrada en secciones y medidas uniformes, lo que facilitó su racionalización; y por poder ser ensamblada mediante clavos de acero y techada con láminas de hierro galvanizado, todo lo cual la dotaba de gran ligereza y confiabilidad ante los sismos.



Fig. 18. Casa de viguetas en Pacayas.

Por otra parte, la primera arquitectura victoriana era importada al país en su totalidad, es decir, se trataba de casas prefabricadas cuyos planos constructivos les permitía una vez aquí, ser edificadas por calificados maestros de obras. Pero una vez que se contó en el país con la maquinaria adecuada se importaron solamente los planos, lo que llevó paulatinamente a la especialización de la mano de obra criolla en sus componentes estructurales, de cerramiento y decorativos, conocimiento técnico que enriqueció mucho a la industria constructiva nacional.

De modo que cuando la crisis provocada por la Primera Guerra Mundial disminuyó el acceso al mercado europeo, ya existía en el país una mano de obra espe-



Fig. 19. Casa criolla de madera, San José.



Fig. 20. Vivienda social en madera, Heredia.



Fig. 21. Vivienda en Nicoya, Pacífico Norte.

cializada que desarrolló un tipo de arquitectura criolla en madera, que empezó a dejarse ver en los desarrollos inmobiliarios, sobre todo populares, tanto urbanos como rurales del Valle Central.

Este tipo de construcción se manifestó sobre todo en la arquitectura habitacional, por lo que tomó del adobe y del bahareque su volumetría básica –rectangular o en “L”–, pero sin dejar de lado del todo la “modernidad” que representaban las formas victorianas. Y de hecho, así fue como se extendió por todo el Valle Central y más allá, en las mismas zonas de colonización que antes vieron aparecer las casas de vigueta, siendo



Fig. 22. Vivienda en Los Chiles, Llanuras de Guatuso.

una de las manifestaciones de la “arquitectura sin arquitectos” o “vernácula” más importante de nuestra historia construida.

Variantes muy propias por su origen distinto a la del centro del país, presentan las arquitecturas vernáculos en madera del Pacífico Norte (Guanacaste, Puntarenas, Miramar y Esparza) y de las Llanuras de Guatuso (Los Chiles, Upala y Guatuso), que aunque diferenciadas entre sí, provienen ambas del sur de Nicaragua, por cabotaje la primera y por vía fluvial la segunda. Estas dejan ver en la decoración de sus puertas, ventanas y barandas, una fuerte influencia de la estética modernista con origen en Nueva Orleans, y que por su permeabilidad colabora además a la climatización pasiva acorde con la temperatura y humedad regionales.

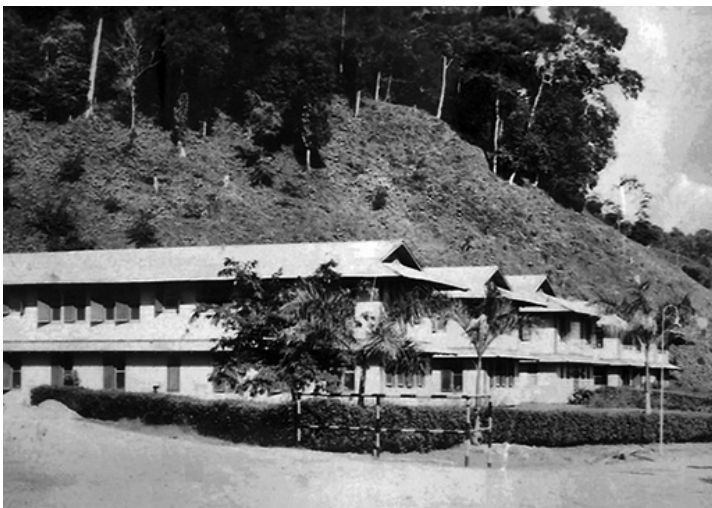


Fig. 23. Vivienda bananera en Golfito.



Fig. 24. Vivienda en Zarcero, camino a San Carlos.

Del mismo modo, se distinguen las arquitecturas en madera del Pacífico Sur, variante muy simplificada de la arquitectura de influencia victoriana presente en el Caribe, pero igualmente de importación norteamericana y ligada a la industria bananera; y la de las Llanuras de San Carlos (Sarapiquí, San Carlos y sus pueblos) que continúa la evolución victoriana criolla del Valle Central, pero que, tras la construcción de la carretera a esa zona en los años 50, deja ver la influencia de arquitectura modernas o internacional. Como las anteriores, ambas arquitecturas en madera muestran una gran adaptación a las condiciones climáticas a las que responden.

Las modernas arquitecturas

Cabe referirse por último a la arquitectura usualmente llamada renovadora o Moderna, y que se manifestó aquí en sus tres vertientes más importantes. La primera de ellas y de origen europeo fue el racionalismo funcional, que se hizo presente desde inicios de los años 30 del siglo XX con su énfasis en la lógica constructiva del concreto armado, los volúmenes puros cúbicos o curvilíneos, las líneas rectas, la utilización de losas planas para cubierta de techo y del vidrio laminado y en bloques para las ventanas. Conocido también como “primer moderno”, por su misma austera racionalidad, en esa época esta arquitectura privó en el uso habitacional y aún así tuvo poca aceptación en el gusto de la clase media que podía aspirar a ella.



Fig. 25. Racionalismo. Edificio Borge, San José.

La otra tendencia moderna aparecida igualmente en esos años, es el racionalismo comercial conocido como art-decò, tendencia que se valió del diseño abstracto y puro de la línea recta y del semicírculo, así como del color con fines decorativos, encontrando su inspiración en la naturaleza de las formas femeninas, el zig-zag del rayo, la ondulación del agua y la radiación del sol, para sus escenográficas fachadas. A diferencia de la tendencia anterior, gozó de una gran aceptación entre gente de todos los sectores sociales, y por eso se usó ampliamente tanto en residencias y comercios, como en edificios educativos y de gobierno en los años 30 y 40.

Con el arribo de los años 50 del siglo XX, llegó también de los Estados Unidos la arquitectura llamada históricamente de estilo internacional, última manifestación de la modernidad arquitectónica y que tendría en Costa Rica una amplia aceptación en el marco de lo que se llamó la “modernización” del país, posterior a la guerra civil de 1948.

En ese contexto, dicha arquitectura contó con la aceptación de la nueva clase media alta, que hizo de ella la moda para sus casas en barrios como Los Yoses en San José, La Granja en San Pedro, y La Guaría en Moravia. Por su parte, el Estado costarricense reformado por la Constitución de 1949, la acogió también como suya en importantes hitos urbanos como el edificio del Banco Central y los del campus de la Universi-



Fig. 26. Art-decò. Cine Gran Líbano, San José.



Fig. 27. Vivienda de Estilo Internacional, Los Yoses.

dad de Costa Rica, que marcaron la pauta a seguir por las otras instituciones, así como por los nuevos desarrollos comerciales.

Este nuevo racionalismo internacional tenía, a diferencia del primero y por su filtro norteamericano, una mayor adaptación al clima del país, no obstante seguir las constantes dictadas desde la metrópoli en cuanto a apariencia y materialidad. Pero ya en los años 60 del siglo XX, esa arquitectura adquirió en Costa Rica ciertos matices regionalistas, con la llegada de los jóvenes arquitectos entonces graduados sobre todo en México y Brasil.

Pero esa etapa de la arquitectura moderna se cerraría, al igual que el panorama histórico abordado en este artículo, con la fundación de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica en 1970; hecho que abrió al país nuevas perspectivas en lo que a arquitectura se refiere, y que aún están por valorarse cultural e históricamente.

Conclusión

Como conclusión, es importante reiterar que el concepto de lo patrimonial, por lo visto aquí, va mucho más allá de lo declarado legalmente patrimonio histórico-arquitectónico, para alcanzar también a



Fig. 28. Edificio Rex, San José.

aquellas manifestaciones cuya singularidad histórica y cultural las hace valiosas para nosotros como grupo humano particular. Y en ese sentido, es que a nuestro juicio el valor patrimonial de una edificación, como portador de memoria social y como generador de identidad colectiva que es, debe estar por encima de cualquier declaratoria oficial.

Porque, por la dolorosa experiencia cotidiana de la desaparición de valiosos bienes patrimoniales construidos, está claro que no obstante la existencia de la Ley Nº 7555 como marco legal regulatorio para su preservación, así como del Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura y Juventud, en el ámbito público, y del ICOMOS de Costa Rica en el ámbito privado, las amenazas al legado material costarricense continuarán si no se incide de modo directo en el más importante factor para su custodia y control social, cual es la conciencia ciudadana sobre el valor de esos inmuebles.

Y es precisamente con el fin de ayudar a apreciar mejor la significación cultural implícita en muchas edificaciones no declaradas como patrimonio, que este artículo divulgativo es un breve repaso por el origen y desarrollo de las principales manifestaciones arquitectónicas que han signado las diferentes etapas históricas de nuestro país.

Porque ese trabajo de concientización, al menos de una forma sistemática, permanente y extendida a todas las capas de la población del país, es una labor pendiente no sólo de los dos organismos mencionados -que lo tienen como fin declarado, mas no como programa articulado-; sino también de las universidades públicas y privadas que integran en su oferta académica la carrera de arquitectura, y que al igual que el Colegio de Arquitectos de Costa Rica son instituciones llamadas por su misma naturaleza a contribuir en esta urgente tarea cultural.

Por nuestra parte, y en esa línea, en este artículo pretendimos exponer de un modo llano pero riguroso, un panorama histórico que pueda constituirse en un primer instrumento de divulgación y enriquecimiento cultural entre costarricenses y extranjeros, y que desea redundar en una mayor conciencia y aprecio ciudadanos del legado construido por nuestros antepasados.

Bibliografía Consultada

ALTEZOR, Carlos
1986

Arquitectura Urbana en Costa Rica
1ª edición, Cartago, Editorial Tecnológica de Costa Rica.

CHANG VARGAS, Giselle et.al.
2004

Patrimonio Cultural. Diversidad en nuestra creación y herencia
1ª edición, San José, Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

FERNÁNDEZ, Andrés
2003

Un país, tres arquitecturas (art nouveau, neocolonial hispanoamericano y art decó en Costa Rica 1900-1950)
1ª edición, Cartago, Editorial Tecnológica de Costa Rica.

FONSECA, Elizabeth / GARNIER, José Enrique (editores)

1998

Historia de la Arquitectura en Costa Rica

1ª edición, San José, Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica.

KOSTOF, Spiro (traducción de María Dolores Jiménez)

1988

Historia de la Arquitectura (tomos 2 y 3)

1ª edición castellana, Madrid, Editorial Alianza.

MOAS MADRIGAL, Manuel

1998

La vivienda del costarricense hasta mediados del siglo XX

1ª edición, San José, Dirección Programas Especiales, Instituto Nacional de Aprendizaje

OBREGON QUESADA, Clotilde

2005

Historia de la Ingeniería en Costa Rica

1ª edición, San José, Colegio Federado de Ingenieros y Arquitectos.

VARGAS ARIAS, Claudio

2003

“La Ley de Patrimonio Histórico-Arquitectónico de Costa Rica:
entre la incoherencia política y la incompreensión pública”

Revista Herencia, San José, Volumen 15, Nº2, Ps. 9/25.

Vicerrectoría de Acción Social, Universidad de Costa Rica.

VARGAS ARIAS, Claudio

2007

El Patrimonio Histórico Arquitectónico en Costa Rica y su tutela jurídica

1ª edición, San José, Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural,

Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

WOODBIDGE PARIS, Richard

2003

Historia de la arquitectura en Costa Rica

1ª edición, Cartago, Editorial Tecnológica de Costa Rica.

NOTA:

Todas las fotografías pertenecen al
archivo digital de Andrés Fernández.

